

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 19 de junio de 2019**

«Primera meditación» y «Asamblea», en *J. Carrón, ¿Hay algo que resista el embate del tiempo?, supl. de Huellas, n. 6/2019, pp. 17-36, pp. 64-82.*

- *Tu sei venuto dal buio*
- *Favola*

Gloria

«Esto es lo importante en la vida: haber visto una vez algo, haber escuchado algo tan grande, tan magnífico que cualquier otra cosa sea nada comparada con ella, e incluso si se olvidase todo lo demás, esa no se podría olvidar nunca» (S. Kierkegaard, *Diario. I (1834-1849)*, Morcelliana, Brescia 1962, p. 239). ¿Qué hemos visto que no hayamos podido olvidar ya?

Escuché por primera vez hablar del movimiento cuando empecé a trabajar en el hospital en 2011, antes no lo conocía. Por desgracia, se trataba a menudo de comentarios negativos, y por eso me hice una idea completamente equivocada de él, hasta que a finales de 2013 me enamoré de mi actual marido, que pertenece al movimiento desde siempre. Entonces me dije: «Si me he enamorado de este hombre que llega de la historia del movimiento, ¿quiere decir que he visto una belleza que existe y que tiene que ver con su historia!». Trabajábamos juntos desde hacía un año, pero no me había fijado en él hasta que nos encontramos verdaderamente, es decir, cuando vi en él una mirada hacia mí como persona que nunca había sentido. En 2014 nos hicimos novios y empecé a participar en la Escuela de comunidad junto a él, aceptando su invitación con mucha curiosidad. Enseguida comprendí que era algo hermoso, algo que seguir. Empecé a conocer a sus amigos del movimiento y también percibí en ellos una belleza y una profundidad en las relaciones que nunca había conocido. Me sentí querida. En el encuentro con esa mirada llena de bien hacia mí percibí el encuentro con Cristo. Ya no me he vuelto a alejar. Empecé a vivir de verdad, a vivir en profundidad cada cosa, a no reservarme, a interesarme más por los demás, a no dejar escapar nada y a detenerme en las cosas. En 2016 nos casamos, y nuestras relaciones han crecido en cantidad y profundidad. Hemos conocido nuevos amigos, fundamentales a la hora de caminar. En 2017 nació nuestro hijo, el regalo más grande que Jesús nos ha hecho. Su nacimiento trajo consigo mi enfermedad, cuyo tratamiento estoy haciendo todavía. Una contradicción inmensa entre la alegría y el dolor. Muchas veces me he preguntado: «¿Por qué? ¿Por qué justamente a mí, a nosotros?». Después de un año y medio de tratamiento duro me siento mejor y estoy segura de que esta circunstancia se nos ha dado para crecer. Me conmuevo cuando pienso en la mirada que tiene mi marido sobre mí. Me conmuevo cuando pienso en la mirada que tiene mi hijo hacia mí. Me conmuevo cuando pienso en nuestros amigos, que caminan con nosotros también en esta circunstancia. Por esta conmoción he decidido inscribirme en la Fraternidad.

Gracias, querida amiga. La persona que acaba de llegar nos vuelve a dar lo que habíamos encontrado, es decir, que el cristianismo no es una doctrina que aplicar o reglas que seguir, sino una diferencia humana que nos toca, que no nos deja indiferentes. «Percibí una belleza y una profundidad en las relaciones que nunca había conocido», una mirada desconocida hasta ese momento. Todos podemos identificarnos contigo en la descripción que has hecho de tu encuentro con el movimiento, con esta realidad humana de la que todos participamos. Por eso, como hemos repetido en los Ejercicios, «el comienzo de todo esto ha sido “el encuentro con un

hecho objetivo [...] cuya realidad existencial consiste en una comunidad que se expresa sensiblemente, tal como ocurre con cualquier realidad íntegramente humana”» (p. 20). Ha sido tan decisivo lo que has visto que –como dices– ya no te has alejado de ahí. «He empezado a vivir de verdad, a vivir en profundidad cada cosa, a no reservarme, a interesarme más por los demás, a no dejar escapar nada». Vuelvo a decir estas palabras no simplemente como una repetición, sino para comparar con el impacto inicial que se ha producido en cada uno de nosotros. Independientemente de la forma con la que uno lo viva ahora, el cristianismo es solo esto, la experiencia de un crecimiento en todo, incluso en el modo de afrontar la contradicción de la enfermedad. Siempre será así, el cristianismo será siempre esto cuando sucede: un acontecimiento. Después, como hemos visto, podemos decaer. Al escuchar las palabras de nuestra amiga, alguno puede haberlas percibido como el relato de algo bonito pero pasado. Por ello tenemos que entender bien por qué, después de haber vivido B, volvemos a A. Es importante ayudarnos a entender que no es simplemente a causa de nuestra fragilidad, porque esta fragilidad –que todos tenemos– no nos ha impedido vivir esa experiencia absolutamente asombrosa del inicio, que todos llevamos inscrita para siempre en nuestro ADN. Nuestro decaer «no se debe a nuestra fragilidad», hemos dicho en los Ejercicios, «sino a la falta de reconocimiento» (p. 26). Por ello, ayudémonos a comprender la cuestión.

Os cuento algo que sucedió en nuestra Escuela de comunidad y que tiene que ver con esta dinámica del paso de una situación A a una B, y luego la vuelta a A. Lo primero de todo, nos preguntamos si habíamos reconocido esta dinámica a lo largo de la semana. Me impresionó mucho un amigo mío que contó que la semana anterior, siempre en la Escuela de comunidad, había vivido justamente este paso de A a B; en concreto, nos dijo que había venido sin preparársela, pero cuando una chica planteó una pregunta sobre una dificultad que estaba viviendo, se sintió completamente descrito al encontrarse en su misma dificultad, en su misma posición. En la conversación que tuvimos durante esa Escuela de comunidad salió a la luz también la hipótesis de una forma distinta de mirar esa situación y de afrontar ese momento de dificultad. Este amigo se quedó muy impresionado por esta hipótesis, hasta el punto de que –nos contaba– salió de la Escuela distinto de como había entrado: «Al terminar la Escuela, estaba lleno de curiosidad por ver lo que sucedería al día siguiente, qué me estaba esperando en la vida y qué podría descubrir». En su intervención contó que, a partir del momento en el que se produjo el cambio, durante la semana siguiente se había dado cuenta de muchísimos hechos –que nosotros hemos descrito como «puntos de luz»– que sucedían todos los días. Añadió que se había dado cuenta de que no bastaba con que estuviesen, y que lo que le había resulta más útil era haberse parado por la noche para dedicar un tiempo a mirar estos puntos, un día tras otro. Y fue exactamente esto, nos decía, lo que le ayudó a permanecer en la situación B y a hacer que se despertara por las mañanas «siempre con esa curiosidad con la que me desperté al día siguiente después de aquella Escuela de comunidad».

Es impresionante: uno llega a la Escuela de comunidad y puede desencadenarse la dinámica que acabas de describir. En este sentido, nosotros somos como los discípulos que, al estar con Jesús, veían suceder, una detrás de otra, cosas que ahora suceden en nuestra comunidad, que es todo lo desaharrapada que queráis. No estamos hablando de una comunidad distinta de la que somos, aquí o en otros lugares, de la que todos conocemos, con todos los límites posibles e imaginables; ¡pero ninguna debilidad o fragilidad nuestra puede impedir que vivamos así! Tu amigo ha reconocido algo en una chica que hablaba, porque ha visto encarnada en ella una hipótesis distinta que le ha hecho cambiar; de hecho salió distinto de la Escuela de comunidad. ¿Cuál es el método que él ha aprendido en la Escuela de comunidad, y en qué se ve que lo ha aprendido? Primero: ha salido cambiado y ha empezado a ver. El cambio no ha consistido ante

todo en el hecho de que antes se equivocaba y ahora hace las cosas de forma adecuada, sino en el hecho de que ha empezado a ver, a ver puntos de luz, y no ha podido evitar que esto se convierta cada vez más en un modo de vivir, hasta el punto de que dedica un rato por las noches a mirar esos puntos de luz que se han producido a lo largo del día. ¿Qué significa mirar los puntos de luz que suceden una y otra vez? Significa hacer memoria, y este es el segundo factor del método que ha aprendido. La memoria no es un simple recuerdo del pasado, sino un reconocimiento de los hechos que Él hace suceder. Solo si uno se detiene un instante a custodiar estos hechos podrá levantarse por las mañanas –como siempre que sucede algo bello en la vida– teniéndolos en los ojos. Si uno se enamora, ¿en qué se ve que ha sucedido algo significativo? ¿Alguien puede imaginarse levantarse por la mañana sin que ese evento sea lo primero que salta a los ojos? Es imposible, y no porque «tenga» que hacerlo, sino porque es algo que no puede evitar. Entonces, la memoria es mirar una novedad que sucede, no simplemente hacer la lista de las cosas que no funcionan, sino mirar lo que está sucediendo, algo que documenta –como hemos cantado al principio– que no estamos solos, que Él obra en medio de nosotros. Como me decía un padre cuando su hija le habló de la vocación (había empezado el noviciado en los *Memores Domini*); se quedó tan impresionado que no pudo evitar decirle: «Si tú has elegido este camino, quiere decir que yo me estoy perdiendo algo que no veo», y desde entonces ha empezado a mirar lo que vive su hija. Una frase así nos vuelve a dar a todos la posibilidad de mirar lo que ese padre estaba mirando y que tantas veces se le escapaba de las manos. Por eso hemos dicho en los Ejercicios que «no es suficiente que suceda esto. Es necesario que nos demos cuenta de su significado» (p. 21). Decíamos: «La cuestión es darse cuenta del contenido y del origen de la diferencia con la que nos hemos topado y por la que estamos aquí. Quizá en otros momentos [de la historia, menos desafiantes para la fe] habríamos podido arreglárnoslas sin llegar hasta este punto, sin la necesidad de reconocer la naturaleza de esta evidencia incontestable que ha entrado en nuestra vida, pero dado el caos actual en el que todo se cuestiona, no podremos seguir siendo cristianos por mucho tiempo si no es porque reconocemos el significado permanente de una evidencia» (p. 26), es decir, si no dedicamos el tiempo necesario para reconocer el contenido y el origen de lo que nos ha sucedido, y para hacer memoria de ello. No es inmediato entender qué significa este «darse cuenta», como me pregunta una persona: «¿Qué significa descubrir el sentido de lo que me ha sucedido? Quiero entender, quiero captar en mi vida lo que don Giussani entendió a través del episodio de *La Favorita*, porque lo que me sale es decir que él tenía una sensibilidad grande y yo no la tengo». Pero entonces, lo que estamos diciendo, ¿vale solo para don Giussani? ¿Para los pobrecillos como nosotros es imposible? ¿Es tan solo un problema de sensibilidad?

Al releer tus palabras, me ha surgido una pregunta: en mi vida, ¿qué ha resistido, qué resiste con el tiempo? ¿Existe algo que resista? Por naturaleza soy una persona que se aburre y se harta enseguida de las cosas. ¡Cuántas cosas he empezado en mi vida que después he dejado! Sería ingenuo no constatar que muchas cosas, incluso muy fascinantes, han tenido una fecha de caducidad para mí, cosas que incluso creía irrenunciables. Sin embargo, me doy cuenta de que en mí existe también algo distinto, ha sucedido «algo» que es de una naturaleza distinta, que ha impreso en mí un sello que ha cambiado mis características. «¿Por qué nos hemos adherido, por qué nos hemos apegado a ese encuentro [...]? Por la experiencia de una correspondencia inigualable a las exigencias profundas de nuestro corazón» (p. 25). Pues bien, es como si aquí se condensase toda mi vida. El vínculo se basa en esta experiencia irrefutable: «Cuando conocí a Cristo me descubrí hombre» (Mario Victorino), en mí se produjo la experiencia vital de esta correspondencia profunda. Esta experiencia ha sido y es inconfundible, y es como si, con el tiempo, esto me hubiese hecho darme cuenta de que, fuera de esta correspondencia, todo lo mío

es menos humano. Es como si dentro de todas las circunstancias de la vida, esta se convirtiese cada vez más en una experiencia inconfundible. Cuando hablamos del paso de A a B, y luego de la vuelta a A, si pienso en mí, veo que la vuelta a A sucede infinitas veces, pero solo en términos éticos, porque en el fondo este vínculo entre esta misteriosa presencia y yo no se oscurece. Es algo tan constitutivo que sería como pensar que tengo delante de mí una tarta y quisiera volver a los ingredientes por separado: ya no es posible. «El hecho de volver a A después de haber visto B no se debe a nuestra fragilidad, sino a la falta de reconocimiento: no nos hemos dado cuenta de ese “algo” que tiene el acento inconfundible de la verdad. Nuestra fragilidad no tiene nada que ver con esto. Lo que plantea no es un problema de coherencia ética, sino un problema de razón, de sencillez de corazón. “Hay que aclarar lo ocurrido dentro de uno mismo”» (pp. 26-27). Si me miro mientras vivo, no es que piense intensamente en cómo hacer que el encuentro con Jesús tenga que ver con mi vida, o bien cómo mantener la fascinación de B. No sé explicarlo de forma distinta: mientras vivo, en las relaciones, en las cosas que suceden, es como si el término de comparación de todo fuese esta correspondencia, que es un punto que no tiene vuelta atrás. Todo esto no se produce sin dramaticidad, no es un dato de hecho y ya está, porque la historia que ha sucedido en mi vida se ha convertido poco a poco en algo cada vez más familiar. Lo que vivo no pone en cuestión esta experiencia, pero es esta experiencia lo que me permite entrar en todo y vivir lo que vivo. Para mí el problema de no perder las cosas, de que no terminen, se acentúa al máximo en la experiencia afectiva. Sin embargo, no puedo dejar de reconocer esto: cuando amo de verdad, cuando me vinculo verdaderamente, es porque lo que amo me suscita in primis una fascinación y un interés, me ata, pero lo que imprime en mí el carácter del «para siempre» es que esta correspondencia se hace carne. Y por eso, cuanto más amo (es decir, cuanto más se vuelve carne en esa persona la experiencia de la correspondencia), más cesan la ansiedad y la desesperación ante la posibilidad de la pérdida. Cuanto más amo, más se vuelve una conmigo la presencia de esa persona, y tengo la experiencia de que respiro, de que estoy en paz. Y mi agitación, mi angustia, en la distancia o en el sacrificio, debe echar cuentas con esta experiencia inconfundible. Pero me gustaría pedirte ayuda para poder entrar un poco más en todo esto. Yo siento el desgarrar, siento el vacío hasta la oscuridad, pero no puedo no darme cuenta que hoy miro, toco y pienso dentro de la relación con esa Presencia que vive dentro del tiempo y espacio de mi vida. Cuanto más amo más puedo decir a una persona: «Ya no podría vivir sin ti». Y solo por eso estoy dispuesta a dejar, a no vivir atemorizada ante la posibilidad de la pérdida.

Es vivir lo que nos convence cada vez más de haber visto algo tan grande, tan magnífico que cualquier otra cosa es nada comparada con ella, y que no podemos olvidarla nunca; como has dicho tú, es al vivir cuando vemos qué resiste el embate del tiempo, si lo que hemos encontrado permanece, y no porque yo sea capaz de hacer que resista, sino por ese vínculo profundo entre esa presencia misteriosa de la que he tenido experiencia y yo. Es en la vida donde se ve verdaderamente la diferencia, como a veces nos muestran personas que, después de haberse alejado durante años del movimiento, vuelven por la nostalgia que tienen de algo que las ha marcado para siempre. Esta es la prueba de que el hecho que se produjo al principio permanece. Por ello es muy importante y decisivo que podamos atravesar todas las circunstancias históricas para ver qué es lo que resiste. Somos afortunados por vivir en este momento en el que nada resiste, incluso Cristo parece ser una de las muchas cosas que no resisten. Y es en esta época nuestra en donde cada uno se ve desafiado a ver qué experiencia vive, no la experiencia de su capacidad, sino de un punto que no tiene vuelta atrás, de algo que ya no se puede quitar de encima. Esto es lo único que le permite a nuestra amiga mirarlo todo, incluso lo que pensaba que perdía, con esa paz última que introduce Cristo en la vida. No es que te falte solo cuando se

aleja de ti, amiga, sino que te falta también cuando está presente. Como he dicho ya en otras ocasiones, me asombra que Jesús dijera a sus discípulos: «El que cree en mí [se lo decía mientras estaba delante de ellos], no cree en mí, sino en el que me ha enviado [el Padre]» (Jn 12,44). La misma presencia de Cristo presente remite a otra cosa. Si nos damos cuenta de que esto es crucial para definir la naturaleza de lo que nos ha sucedido, podremos verdaderamente no tener miedo de perder nada. ¿Hay alguien que haya descubierto esto?

Hace alrededor de dos semanas recibí algunas propuestas muy bonitas. Tengo que decir que cuando me invitan a algún sitio a contar algo o incluso a conocer personas nuevas me produce siempre mucha alegría. Pero esta vez tengo que echar cuentas con lo que ahora se me pide, es decir, el último examen, la tesis, etc., por tanto dudaba si aceptar o no esas invitaciones. Una noche estaba contigo, y aproveché la ocasión y te pregunté: «¿Qué harías tú para decidir?». Esperaba que me dijese lo que tenía que hacer. En cambio, lo que sucedió fue más grande que una simple respuesta. Tú me dijiste dos cosas que me descolocaron completamente. La primera: «Cuando se producen estas “coincidencias”, tienes que saber que nunca suceden por casualidad, sino que son la ocasión para ti de redescubrir qué es la vocación, a Quién tienes que decir que sí ahora». La segunda es que, hablando de ti, me dijiste: «Para mí, decir que no a muchas invitaciones es una dificultad, para mí el sacrificio es muchas veces decir que no; pero la cuestión es mirar cómo se presenta el Misterio, porque es a Él al que es necesario decir que sí». Me quedé impresionado –todo menos una «respuestita»–, porque tenía delante a un hombre que no suponía a Cristo como último escalón (como dice también la Escuela de comunidad): «Ah, sí, sí, lo organizo todo, lo encajo todo, y luego está Él», sino que, como hiciste tú, lo antepone. «No presuponerlo, sino anteponerlo» (H.U. von Balthasar, citado en Benedicto XVI, «Scandalo abusivo. Da dove può ripartire la Chiesa», III, 1, corriere.it, 11 de abril de 2019), nos decías. Ese era tu punto de partida: observar cómo se presenta el Misterio. Ha sido fácil reconocerlo ahí. Ese encuentro me ha abierto los ojos. Al día siguiente volví a retomar las mismas cosas como la tesis, que ahora me está exigiendo ir al laboratorio, pero me despertaba distinto por la mañana. ¡Qué diferente levantarse por la mañana con la conciencia de que ir al laboratorio obedeciendo al profesor es el modo con el que respondo a lo que el Señor me está dando! Antes iba al laboratorio porque «tengo que hacer la tesis», «tengo que graduarme». ¡Muy sencillo! Ahora voy porque es el modo con el que el Misterio se me presenta. Pero esto es evidente solo gracias a lo que sucedió el lunes contigo: sucede una Presencia que me recuerda quién soy, que no estoy hecho para organizar todo con mis estrategias, sino para decir que sí, para obedecerle a Él. Es verdad que lo primero que necesito no es encajar las cosas, sino encontrar una vida que abra los ojos (como decía también el manifiesto sobre las Elecciones europeas), encontrar continuamente una presencia que me abra los ojos y que incluso frente a ciertas decisiones más o menos importantes (como las que tengo que tomar) me pongan en una posición, en una actitud de claridad con respecto al lugar donde el Misterio te está llamando.

La cuestión es si lo que vivimos –las cosas normales de la vida– es simplemente algo que «tenemos que» hacer. Lo decías: antes esta actitud estaba dictada por un tener que hacer las cosas, ahora cada cosa es la ocasión a través de la cual «el Misterio está saliendo a mi encuentro». Ahora te resulta evidente que sucede una Presencia que te está llamando. Como nos ha explicado siempre don Giussani, la vida es vocación, es una respuesta a Uno que te llama a través de una circunstancia determinada. ¡Qué distinto es soportar la vida, soportar las circunstancias, soportar ser fieles a lo que uno tiene que hacer, o responder a Uno presente que te llama no de forma genérica, sino puntual, concretísima! Como me contaba hace poco un joven padre que tiene dificultades con una hija que le llama para las cosas más nimias: «Esto empieza a dar un espesor a todo lo que vivo que hace que todo resulte distinto, porque empiezo

a entender qué quiere decir reconocer, qué quiere decir darse cuenta». Darse cuenta y reconocer no son verdaderos si no llegan hasta Él. Es algo de lo que no se puede volver atrás. Pero cuando decaemos, cuando pasamos de B a A por una falta de reconocimiento, ¿qué nos permite volver?

En este periodo advierto cada vez más en mí la impresión, la sensación de que todo me resbala, de que todo tiene que pasar, y me quedo apegado –para mí esto ya es mucho– al fino hilo del recuerdo. Sin embargo, en este periodo me he dado cuenta de que no es verdad, de que esta impresión no es la verdad.

Es necesario mirar, porque muchas veces sucumbimos a la impresión que tenemos de las cosas, como si ella fuese la verdad, y sin embargo no lo es.

En especial, pienso en el periodo de la campaña electoral universitaria, con el frenesí de los días, la vorágine de todas las cosas que había que hacer. Me parecía que en el fondo no quedaba nada entre mis manos. Me sorprendió que, uno de aquellos días, un amigo que se llama Luca, que había ido a encontrarse con los universitarios de otra ciudad, había vuelto conmovido, cambiado por lo que había visto, entusiasmado, radiante de vida, de una vivacidad que me impregnó, me cambió. No recuerdo casi nada de todos aquellos días de campaña electoral, pero el encuentro con él no consigo olvidarlo. Cuando te lo contaba, me decías: «¿Lo ves? Todas las distorsiones del mundo que nos rodea, el olvido, la distracción, la reducción, todo esto es también nuestro. Pero cada uno tiene siempre su “Luca” que vuelve para recuperarle». Esta frase –«Cada uno tiene siempre su “Luca” que vuelve para recuperarle»– se me ha quedado grabada en el corazón. Después de las elecciones, la vida ha vuelto a la normalidad, y poco a poco incluso aquel encuentro tan potente parecía un bonito recuerdo, incapaz de cambiar, de cambiarme ahora. Pensaba: «Me estoy volviendo cínico como antes». Pero al día siguiente, en un encuentro contigo al que había llegado inmerso en estos pensamientos, fue sencillo volver a empezar, bastó con seguir a aquellas personas, aquellos amigos que con su presencia –con su misma presencia, no con muchos discursos– me invitaban a hacer este trabajo, me provocaban a este trabajo: el trabajo que tú nos invitas a hacer, el trabajo de mirar los puntos de luz. Y allí volvió a empezar todo. He empezado a darme cuenta de que no pasa un solo día sin que «Luca», mi «Luca» vuelva a recuperarme, que evidentemente no es siempre el mismo amigo, es un rostro siempre nuevo, un amigo distinto, un episodio diverso. Pero de cada día puedo decir que ha habido al menos un instante en el que he sido recogido de nuevo. La semana pasada fui algunos días a estudiar con los estudiantes que preparaban el acceso a la universidad, y el último día me dijo un chico: «Soy un tipo de pocas palabras, pero quiero decirte algo: lo que me ha impresionado de vosotros los universitarios que habéis venido a estar con nosotros ha sido vuestra radicalidad en todo; radicalidad, es decir, lo que habéis encontrado ha echado raíces en vosotros». Después de esta breve conversación me fui a dormir, pero no lo lograba, porque pensaba: «Ostras, yo soy el primero que se da cuenta de todo mi olvido, de los errores, de la distracción, y sin embargo ya no puedo quitarme de encima este encuentro, esta compañía que cada día me alcanza, que un día es Luca, otro día es otro. He empezado también a entender más cuando Giussani habla en la Jornada de apertura de curso del acontecimiento, que no es una palabra, un discurso, un gesto, sino un conjunto, y de cómo empieza a haber esperanza en nosotros, porque nosotros, por muy mezquinos que seamos, tenemos dentro una novedad que ya no podemos quitarnos de encima. Las palabras que escuché decir a Giussani ahora son un poco más mías, después de esta insistente sucesión de hechos, de cosas que siguen sucediendo dentro de la vida de todos los días.

Después de un año, a final del curso, uno puede captar con mayor claridad todavía la verdad de la propuesta de la Jornada de apertura de curso. Me asombra que un joven como tú, después de

todo el recorrido del curso, termines reconociendo más la verdad de esas palabras, justamente por las raíces que han ahondado en tu ser. «Las palabras que escuché decir a Giussani ahora son un poco más mías», ahora se han vuelto tuyas y has comprendido el alcance de la esperanza que hay en ti. ¡Todo menos huir de ti, todo menos esfumarse y desaparecer del horizonte de la vida! Esas palabras han enraizado cada vez más en ti, hasta el punto de poder decir: «Ya no puedo quitarme de encima este encuentro». ¿Algún otro se ha dado cuenta de que las palabras de la Jornada apertura de curso se han vuelto tuyas?

Hace algunas semanas sucedió un hecho que me dolió mucho. Al día siguiente tenía que ir a la universidad, estaba en la cama y tenía cero ganas de levantarme. Pero me di cuenta de que cuanto más pensaba esto, es decir, que no tenía ganas de ir, más triste estaba y más nacía en mí la urgencia de estar apegado a lo que había, con la esperanza de que ese día pudiese suceder algo para mí. Este fue mi primer destello, es decir, el deseo de que también esa mañana pudiese suceder algo en mi vida. Fui a la universidad, pero evidentemente se me veía en la cara que no estaba contento. Ese día tenía una reunión, y conté a mis amigos las cosas que os estoy diciendo ahora a vosotros. Después de la reunión una amiga me dijo: «No sé si te has dado cuenta, pero la forma en que hemos trabajado hoy ha estado dictada por el hecho de que tú estabas así; lo que me impresiona no es tu estado de ánimo, sino dónde estás mirando tú, porque es eso lo que quiero seguir». Entonces me dije: «No soy yo, sino algo distinto que sucede en mí y en estos rostros». Y me pregunté: «¿Qué es lo que ha traído este juicio a mi vida?». En estos días, leyendo la Escuela de comunidad, me he conmovido a leer en un momento dado: «Corremos el peligro de vivir una gracia tan grande como es esta casa [esta compañía], dando por supuesto el último paso [...], admitiendo el último paso, reconociendo el último paso, que es por Cristo, pero no viviéndolo [...]. Podéis vivir vuestra compañía de forma que seáis amables y atentos entre vosotros, que gocéis de poder vivir en un ámbito así» (p. 31). A veces yo también me digo: «Aquí estoy bien, tengo a mis amigos, estoy contento, etc.». Pero desde que me sucedió ese hecho, desde que aquella amiga me hizo darme cuenta del motivo adecuado, del factor verdadero que por encima de todos nos ha puesto juntos, he entendido cuál es la lucha entre vivir por Cristo o afirmar que Jesús está aquí presente. Porque cuanto más me quedo en mi cabeza, en mis sentimientos, más me hundo; en cambio, cuanto más sigo esta urgencia de vida que tengo más cuenta me doy de quiénes son mis amigos. Para mí, tener claro el juicio de que Él está entre nosotros no es un pensamiento, sino algo dentro de mí que me permite vivir. La urgencia de estar apegado a esto me hace moverme de una determinada forma, me impide quedarme quieto en mi cabeza.

¿Cuál ha sido para ti el cambio, antes de cualquier cosa que haya sucedido después, cuando estás todavía en la cama sin ganas de levantarte? ¿Por qué podemos reconocer que lo que te ha sucedido hunde sus raíces en el momento en que tenías «cero ganas» de levantarte? Para entenderlo tenemos que mirar ahí: justamente cuando parecía que no quedaba nada, has hablado de un destello que te ha hecho levantarte. En esta época de nihilismo en la que parece que todo desaparece y decae también en nosotros, poco a poco empieza a echar raíces –como estamos viendo– algo que resiste a cualquier paso del tiempo: una lealtad última con ese destello. Este destello introduce una lucha que hace que salgas la cama aunque tengas «cero ganas» de levantarte. Y cuando llegas a la reunión todos se asombran de lo que sucede: todo ha cambiado por la actitud que tú tenías. Es lo que dice don Giussani: corremos el riesgo de vivir una gracia tan grande, un modo de estar juntos tan único, pero sin darnos cuenta verdaderamente de él, como «dando por supuesto el último paso [...], admitiendo el último paso [no es que lo neguemos, pero lo damos por descontado] [...], que es por Cristo, pero no viviéndolo [como presente]» (p. 31). Si no llegamos a este reconocimiento y este asombro –por lo que tu amiga ha

visto en ti mientras tenías el humor por los suelos–, nos perdemos la realidad, porque no percibimos ese aspecto último suyo que la hace totalmente distinta. Al haber dado crédito a ese destello, incluso cuando estabas en la oscuridad, has podido ver lo que ha sucedido. Solo quien da crédito a este destello puede verificar lo que le sucede. La lucha se produce dentro de mí entre reconocer este destello que, incluso en mi nada, permanece, o abandonarme a la nada. Este destello es el signo de Su victoria, que hunde sus raíces en lo profundo de nosotros mismos y que nadie nos puede arrancar, tampoco en estos tiempos. De este modo nos damos cuenta de la gracia que nos ha sucedido. Pero podemos también no darnos cuenta, pensando que a nosotros no nos ha sucedido y no nos sucede nada. Y siempre llega alguien puntualmente que, con su presencia, nos hace conscientes de lo que nos ha sucedido.

Hasta el año 2008 yo no tenía mucho que ver con la Iglesia. Ese verano llegó a mi pueblo un nuevo cura que parecía distinto de los demás. La casa parroquial, siempre cerrada hasta entonces, empezó a ser frecuentada por chavales que cantaban, jugaban, leían, estaban juntos. Y dado que mi hijo tenía que confirmarse, también yo, lleno de curiosidad, había empezado a frecuentarla. A ese pequeño pueblo en donde «nunca sucede nada» y en donde «todos se conocen», había llegado algo que había puesto todo patas arriba. Siguiendo a ese sacerdote, mi vida y la de mi mujer han cambiado completamente. El encuentro con una compañía de amigos, que se ha ampliado con el tiempo, me ha acompañado en los últimos diez años a través de las circunstancias alegres o difíciles de la vida. La comunidad a la que pertenezco hoy es muy viva, pero a veces me siento un poco a disgusto: todos tienen episodios que contar, todos comparten la sorpresa del acontecimiento de Cristo en las pequeñas y grandes cosas que suceden en sus jornadas. Y a mí –al menos eso parecía– ¡nunca me sucedía nada! Estos pensamientos no me abandonaban nunca, hasta aquel «fatídico» viernes de marzo. Ese día salí antes del trabajo. Un detalle que no es fin en sí mismo, porque me resulta evidente que la serie de hechos aparentemente casuales que me guiaron en aquel día extraordinario habían sido queridos por Otro. A salir de la fábrica, decidí dar un paseo hasta un santuario mariano que está a unos cincuenta minutos de camino. Durante el trayecto me llegó el enésimo mensaje en el grupo de WhatsApp de los amigos, en el que alguno contaba algo que le había sucedido. Y yo no sabía qué responder. Al llegar a la plaza del santuario, solo había allí un coche blanco y una persona delante de un muro bajo, asomada frente al paisaje. A primera vista me parecía un tipo un poco extraño, pero fui hacia él y, al pasar cerca, le dije: «Buenas tardes», y proseguí mi camino. Me quedé algunos minutos delante de la iglesia –por desgracia, a esa hora ya estaba cerrada–; me disponía a emprender el camino de vuelta, pero ese joven al que antes había saludado con reticencia se acercó. Me dije: «¿Qué querrá ahora este tipo?». El joven me dijo: «¿Le importa que le moleste un momento?». «Dime». «Quería darle las gracias. Había venido aquí con la intención de quitarme la vida, de lanzarme al vacío, pero su saludo y su mirada me han frenado. Nunca había visto a nadie saludarme así. Usted me ha salvado la vida. ¿Puedo abrazarle?». Nos abrazamos en medio de aquella plaza. Me quedé de piedra. ¡Y pensar que a mí no me pasaba nunca nada! ¿Qué llevaba yo en la mirada y en los ojos sin darme cuenta siquiera de ellos? ¿Qué percibió enseguida aquel joven que se debatía con una gran necesidad? Desde aquel día ha empezado a venir conmigo y con mis amigos. Se sentía un «fracasado», pero esa mirada y ese saludo, quién sabe cómo y por qué, le habían hecho intuir que podía haber una esperanza. Es algo inimaginable. El encuentro con él ha sido para mí un verdadero shock. Ha sido como tomar conciencia del alcance enorme de lo que había encontrado años antes de forma también inesperada. No un acontecimiento que sucedió hace tiempo, sino que sigue sucediendo ahora, cuando menos te lo esperas.

¡Y a ti nunca te pasaba nada! «A mí nunca me pasa nada». Esta es la impresión que tenemos muchas veces, a pesar del encuentro que hemos tenido. ¿Qué llevabas en la mirada sin darte cuenta siquiera, que ha devuelto la esperanza a uno que quería quitarse la vida? Lo que hace el Misterio con nuestro sí lo descubrimos únicamente así, amigo, dentro de las circunstancias. A nosotros se nos devuelve la conciencia de lo que llevamos, de lo que Cristo ha introducido en la vida cuando nos suceden cosas de este tipo; lo que te ha sucedido a ti es para todos nosotros, para que nos resulte más fácil reconocer a Aquel que nos ha sucedido a cada uno de nosotros, como has dicho, «no un acontecimiento que sucedió hace tiempo, sino que sigue sucediendo ahora, cuando menos te lo esperas».

El verano es una ocasión privilegiada para ver cómo nos va a sorprender el Misterio, cómo va a responder a la pregunta: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?». En septiembre podemos contarnos lo que nos ha sucedido.

El trabajo de Escuela de comunidad continuará durante el verano con el texto de los Ejercicios de la Fraternidad:

- desde ahora hasta finales de julio seguimos el trabajo sobre la primera lección (páginas 17-36) y las preguntas de la Asamblea correspondientes al tema de la primera lección;
- en los meses de agosto y septiembre trabajaremos sobre la segunda lección (páginas 42-63) y las preguntas de la Asamblea correspondientes al tema de la segunda lección.

Vacaciones comunitarias. El tema que proponemos para las vacaciones es: «*El camino a la verdad es una experiencia*». Con este título deseamos subrayar que la originalidad del movimiento es el método que hemos visto y documentado esta noche: no una repetición de palabras, sino una experiencia que nos introduce en el verdadero significado de las palabras, hasta hacer que las palabras se vuelvan nuestras, hasta hacer que enraícen profundamente en nuestras entrañas, y entonces todo cambia. Por eso queremos que el verano, nuestras vacaciones, puedan ayudarnos a caer en la cuenta del método que nos permite descubrir la verdad, haciendo que se vuelva mía: una experiencia que me permite crecer.

Visitar el sitio de CL y leer Huellas es, ante todo, por el deseo de ver los hechos, los signos de Su presencia que actúa dentro de la historia, dentro de nuestra compañía y dentro de la realidad. Espero que nunca nos acostumbremos a escuchar cuanto hemos escuchado esta noche. Si solo por un saludo lleno de esa conmoción que ha introducido Cristo en la historia una persona ha recuperado la esperanza, imaginad nosotros, que escuchamos estas cosas cada vez que nos vemos. Es necesario un trabajo para que esto no se convierta en un hábito o sea simplemente algo que ya sabemos; se necesita un reconocimiento, porque para dar razón de cada uno de estos hechos es necesario que el Verbo se haya hecho carne y siga habitando medio de nosotros. No es el resultado de una estrategia o algo que producimos nosotros, nada de lo que hemos escuchado es producto de nuestra estrategia. Leemos determinadas cosas en Huellas no para decir lo estupendos que somos, sino para reconocer Su acción como la única respuesta al pesimismo que se extiende en la sociedad y muchas veces también en nosotros.

El Meeting de Rímini cumple este año 40 años. Tendrá lugar desde el domingo 18 al sábado 24 de agosto, y tendrá como título: «*Nació tu nombre de aquello a lo que mirabas*». Todo lo que hemos escuchado esta noche es una preciosa documentación de esto: nosotros somos aquello que miran nuestros ojos. Es nuestra presencia la que construye el Meeting y hace que sea lugar de encuentro de las más diversas personalidades y experiencias, que se sienten como en casa. Que cada uno se pregunte: «¿Cómo contribuyo yo a construir este lugar? ¿Qué experiencia vivo

cuando participo en el Meeting?». Una forma de participar es el trabajo de voluntario. Os indico que se necesitan todavía adultos durante la semana del Meeting y del desmontaje. Para aquellos que estén disponibles para este trabajo voluntario se amplía el plazo al 30 de junio.

La Jornada de apertura de curso tendrá lugar el sábado 28 de septiembre en Milán y en muchas otras ciudades conectadas de Lombardía y de Italia.

Veni Sancte Spiritus

¡Buen verano a todos!